

que comían sus padres, a tiempo que la mamá repetía llorando:

—Pero ¿dónde estará mi niña?...

—¡Aquí estoy, mamá! ¡Aquí estoy, papá!—exclamó Pelusita poniéndose en pie, con doña Amparo en la mano, sobre la hojita de col y la camita de rosas.

Entonces se abrazaron los tres, y estuvieron mes y medio seguido dándose besos, mientras los jilgueritos cantaban preciosas variaciones sobre el tema:

—¡Alegria!... ¡Alegria!... ¡Alegria!...

Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimienta; y si alguien quiere saber más, que compre un viejo.

..... ¡Ah! Se me olvidaba decir que doña Amparo sigue viviendo en la calle de Zorrilla, número 12; pero ha tomado también otro cuarto bajo en la calle de San Bernardino, número 14, donde pasa muchas horas del día y recibe a sus amigos.

A J A J Ú

(CUENTO POPULAR)

*A mis sobrinos Pepe y María
Coloma y Escrivá de Romaní.*

LUIS COLOMA.

I

La madrastra dió a Mariquita la cesta del pan y la alcuza del aceite; dióle luego un pescozón, cuatro gritos furiosos y una peseta *napoleona*. Después dijo:

—Doce del aceite y ocho del pan, son veinte cuartos... Te sobran diez; conque ¡va estás de vuelta, Pelona!...

Y de otro pescozón puso a la niña en la puerta de la calle. Estaba ésta solitaria, la noche oscura, el cielo encapotado, y el viento aullaba a lo lejos, unas veces bajito, otras muy alto, el estribillo de Andersen:

—¡Hu-u-hud!... ¡Escapo!... ¡Vuelo!... ¡Arraso!...

—¡Hu-u-huuuudd!...

Mariquita tuvo miedo y echó a correr, arrastrando las chancletas rotas sobre la tierra cenagosa.

A lo lejos brillaba una lucecita, y más allá otra, y más allá todavía, muy lejos, muy lejos, otra chiquitina, que se apagaba y se encendía, como un ojo iracundo que se cierra y se abre. Allí era necesario llegar, porque allí estaba la tahona, y allí llegó Mariquita sin alientos, con la lengua

fuera, la alcuza en una mano y la cesta del pan en la otra.

Pidió una hogaza del moreno y cobróronle doce cuartos; ella dijo:

—Buenas noches.

Y la contestaron:

—Adiós, Pelona.

Volvió atrás Mariquita, y entró en casa de la tía Pavi, que vendía aceite del barato y jabón blando. Pidió media panilla del más rancio, diósele la vieja mermada, y cobróle ocho cuartos. La niña dijo:

—Buenas noches.

Y la vieja le contestó:

—Adiós, Pelona.

Caían ya gotitas menudas y cayeron luego otras muy gordas, y después un chaparrón fuerte, fuerte, que puso a Mariquita hecha una sopa. Retumbó un trueno a lo lejos, un relámpago iluminó las desiertas calles, y el viento mugió más temeroso que nunca en las altas chimeneas y en la veleta del campanario.

—¡Hu-u-hud!... ¡Escapo!... ¡Vuelo!... ¡Arraso!...

—¡Hu-u-huuuudd!... ¡Hu-ye, Pelona!...

Y huyó la Pelona más veloz que el viento que venía a su alcance, sin volver la cara atrás, sin respirar siquiera, hasta que tropezando en un hoyo, cayó de bruces, y una piedra saliente le desconchó las narices.

La alcuza rodó por un lado, derramándose; fuése el pan por otro, poniéndose hecho un asco; y los diez cuartos restantes saltaron del bolsillo del delantal, echaron a correr muy divertidos, y con maliciosa intención se agazaparon entre el lodo. Mariquita dió lamentables chillidos.

Acudió Celestina, la tendera, que cerraba en aquel momento su puerta, y levantó a la niña.

—¡Hi, hi, hi, hi!... La madrastra me va a pegar.

—No llores, Pelona... Te curaré las narices.

Y le curó las narices, y le puso aceite fresco en la alcuza, y le dió un pan blanco, calentito, muy cocido. Mariquita no lloraba ya, y con la boca muy abierta miraba extasiada un gran racimo de muñecas de palo, muy pintaditas, que había colgado en la tienda, con este letrero por debajo: *A seis cuartos.*

Conoció la buena Celestina los pensamientos de la niña, y cogiendo una muñequita, se la puso delante:

—Toma, Pelona.

La niña, creyendo aquello un sueño, y temerosa de que se desvaneciese, echó al punto a la muñeca sus cinco negras uñitas.

—Se llamará Rafaela—dijo.

Y abrigando a Rafaela con maternal cuidado en el pico del delantal, porque la noche estaba muy cruda, cogió la alcuza y el pan calentito y se fué a su casa pensando entrar de puntillas, deseosa de comenzar la educación de aquella hija que se le entraba por las puertas. Mas la madrastra estaba al acecho, vió la alcuza abollada, parecióle el pan, aunque blanco, muy cocido, y pidió a la niña los diez cuartos de la vuelta. Mariquita metió la mano en el bolsillo del delantal, y pensó morirse del susto: los diez cuartos se habían ido.

La madrastra cogió la mano del almirez y le pegó en la cabeza. Panfilita, la

hija de la madrastra, comía sopas en la cocina, y gritaba muy contenta:

—¡Zurra, Pelona, zurra!...

Mariquita subió llorando al desván, donde en un jergón de paja tenía su cama, y se puso a contar a Rafaela sus amargas cuitas. Ésta parecía muy dócil, aunque poco flexible: dejóse cubrir su desnudez con un papelito de seda, y de pie, muy tiesa, sobre las rodillas de Mariquita, oyó sin chistar el sistema de educación que le proponía ésta:

—Ella sería su mamá, si Rafaela era güena, güena... Entonces le compraría una muñequita de las que vendía Celestina, y no le pegaría con la mano del almirez, ni la mandaría de noche a comprar pan, para que no se rompiera las narices; ni la cortaría el pelo, ni nadie en el pueblo la diría ¡pelona, pelona!... Pero si era mala, ¡huy entonces! Entonces le compraría una madrastra y una hermana Panfilita, que le tirara pellizcos, y le diera pescocozones, y le arrancara los pelos uno a uno, para que todos en el pueblo le dijeran: —¡Ju, Pelona! ¡Ju, Pelona!

Rafaela pareció quedar muy convenida, y se durmió con los ojos abiertos en el regazo de Mariquita. Ésta la meció suavemente, cantando muy bajito:

Duerme, niña chiquita,
que viene el coco,
y se lleva a los niños
que duermen poco.

Mas Panfilita oyó el canto de la niña, y avisó corriendo a la madrastra; subieron de puntillas y abrieron la puerta muy de repente. Aterrada Mariquita, escondió a Rafaela en el bolsillo, con el ansia y el horror con que debieron las madres esconder a sus hijos cuando aquello del rey Herodes. Mas la incauta Rafaela asomó una pierna por un tremendo descosido, y por allí la cogió la madrastra, llena de ira, y la tiró en un rincón del aposento. Rafaela, tiesa como un palo, quedó accidentada del susto.

—Trae la vara, Panfilita—dijo la madrastra.

Panfilita, llena de alegría, trajo la vara de sacudir las esteras, y con ella

sacudió el polvo la madrastra a Mariquita, porque creyó que había gastado en la muñeca los diez cuartos de la vuelta.

Mariquita se acostó con el cuerpo caliente y el estómago vacío, sin atreverse a mirar a Rafaela, que había quedado en el rincón tiesa como un difunto. El sueño vino al fin a enjugar las lágrimas de Mariquita, y a eso de la media noche tornó a despertar sobresaltada; parecióla en el silencio, que desde un rincón del desván la llamaban muy bajito:

—Mariquita... Mariquita...

Incorporóse la niña asustada, aplicó el oído muy atenta y oyó entonces claramente:

—Mariquita... Mariquita...

Era el acento angustiado, la hora temerosa, y resonaba la voz allá en el rincón en que yacía Rafaela; asustada Mariquita, preguntó también muy quedito:

—¿Eres tú, Rafaela?

—Sí.

—¿Y qué quieres?

—Cac...

Mariquita dió un brinco en la cama y pensó en buscar el dedal, para que Rafaela saliera pulcramente de su apuro, mas el miedo a la vara de la madrastra hizola mantenerse muy quietita, y dijo al fin muy pensativa:

—Házte la ahí... Ya la limpiaré yo mañana.

Oyóse entonces un ruidito muy delicado de algo que caía, y Mariquita se volvió a dormir sin que más la importunasen.

Al otro día, de mañana, corrió Mariquita al rincón en que estaba Rafaela, y allí la encontró patas arriba, tal como la había arrojado la mano airada de la madrastra. Levantóla del suelo con grandes precauciones, y vió entonces, debajo de ella, cuatro centines nuevecitos, muy brillantes, con el cuño de Isabel II.

A los gritos de alegría acudió presurosa la madrastra, y al ver en sus manos tanto dinero, quiso arrancarle los ojos de pura envidia.

Contóle entonces Mariquita cuanto había sucedido y atónita la madrastra, quiso utilizar aquella mina en provecho de su hija.

Arrancó la muñeca de manos de la niña para dársela a Panfilita, y Rafaela, impassible, dejóse acariciar por ésta todo el día sin desplegar los labios.

Llegó la noche con sus aventuras y misterios, y Panfilita acostó a Rafaela en su misma alcoba, en cama muy lujosa, con sábanas de Holanda y colcha de damasco encarnado con franja de oro y borlones con bellotas.

Dieron las doce y la una, y luego las dos muy pausadas, y nada se oía. Panfilita, muy nerviosa, no lograba dormirse: oyóse al fin un ruidito, y aplicando el oído, parecióle que una vozcita muy apagada pronunciaba su nombre.

—Panfilita... Panfilita...

Incorporóse llena de esperanza, y preguntó muy bajito:

—¿Eres tú, Rafaela?

—Sí.

—¿Y qué quieres, vidita?

—Cac...

—Pues háztela ahí, amor mío, que ya la limpiaré yo mañana.

Oyóse entonces un ruidito sofocado, y Panfilita se durmió a poco, pensando en lo que había de emplear la renta que las funciones digestivas de Rafaela iban a proporcionarle.

A la mañana siguiente, muy poco después del alba, corrió a la cama de la muñequita, y encontróla tal como la había dejado la noche antes, muy arropada, con la cabecita fuera de las sábanas y abiertos dos ojitos, redondos y negros como dos cuentecitas de azabache.

Con mucho tiento retiró poco a poco las ropas, y vió entonces que corría por ellas y goteaba hasta el suelo manchando la alfombra y los encajes, un espeso líquido rubio y pegajoso, muy parecido en el color a la miel blanca. Panfilita, que era golosa, metió en él un dedo, y se lo llevó a los labios; pero no era miel de la Alcarria, ni de ninguna otra parte.

A los gritos furiosos de Panfilita acudió la madre sobresaltada, y llena de rabia ante aquel espectáculo, abrió la ventana presurosa, cogió a la muñequita por una pata y la tiró al jardín del Rey por encima de la tapia.

—¡Anda, maldita!, gritaba.

Y con jabón y un estropajo se lavó corriendo las manos.

II

Su Real Majestad había ya tomado chocolate, y bajó al jardín en busca de nidos. Llegó el ministro de la Guerra muy apresurado, porque un escuadrón de moros del Rif se acercaba a la ciudad en son de guerra. Su Real Majestad pensó morirse del susto, y se le indigestó el chocolate.

—¡Y qué se hace?...

—Voy a deliberar—dijo el Rey.

Y andando muy de prisa y con cierta dificultad, entróse por un bosquecillo de lilas que allí cerca estaba. Había detrás un lugar muy solitario, cercado de altos árboles que salían por fuera de la tapia. Su Real Majestad se detuvo muy azorado, miró a todas partes, y para deliberar mejor, sin duda, desatóse los greñescos y púsose en cuchillas. Quedó muy desahogado.

Buscó entonces un papel, y no lo traía. Registróse los bolsillos en busca del pañuelo, y también se le había olvidado. Era aquello angustioso, y Su Real Majestad pensó en utilizar el faldón de la casaca; pero hubiera sido esto imprudente, porque los cortesanos adivinarían quizá por allí el resultado de sus deliberaciones... Su Real Majestad paseó en torno una mirada angustiosa, que sólo podrá comprender el que se haya visto alguna vez en situación semejante: buscaba por el suelo algún papelillo roto, algún trapo olvidado, alguna mata u hoja suave que pudiera resolver el conflicto. Mas no se descubría en cuanto abarcaba la vista, ni papeles rotos, ni trapos arrojados, y el reino vegetal sólo ofrecía en aquel contorno árboles muy altos, algunas matas de ortigas y una hilera de puntiagudos cactus. Su Real Majestad sudaba.

Dió entonces algunos pasos inseguros, y descubrió al fin a lo lejos, medio enterrada en la tierra, una muñequita de madera, despintada por las lluvias del invierno. Era Rafaela, que yacía allí desde el pasado octubre.

Su Real Majestad lanzóse a ella dando tropezones, con el ansia del naufrago que extiende la mano a la tabla salvadora. La desdichada Rafaela no protestó, ni dijo una palabra, y Su Real Majestad satisfizo como pudo, a costa suya, sus aseadas intenciones. Pronto nubló su contento un extraño prodigio: la muñequita no se despegabá. Su Real Majestad tiró con una mano, tiró después con la otra, tiró con ambas a un tiempo, tiró, tiró cuanto pudo, y la muñequita, siempre firme en su puesto, permaneció allí pegada, tiesa e inflexible, amenazando a Su Real Majestad con un rabo perdurable, con un molesto apéndice que le había de dificultar mucho el sentarse. La situación era embarazosa, y Su Real Majestad se puso muy enfadado.

Mientras tanto, el ministro de la Guerra se paseaba muy inquieto, porque la tardanza de Su Real Majestad le indicaba lo arduo del asunto, según eran largas sus deliberaciones. Comenzaron a llegar generales, ministros y magnates, todos muy inquietos, porque el enemigo se acercaba.

El ministro de la Guerra respondía a todos:

—Su Majestad está deliberando—y todos se alineaban en el jardín, graves y silenciosos, esperando el resultado de las regias deliberaciones.

La capital estaba consternada, el ejército sobre las armas, la artillería presta, el caballo de Su Real Majestad enjaezado, para salir sin pérdida de tiempo al encuentro del enemigo.

Apareció al cabo de una hora Su Real Majestad, muy pálido y consternado, andando con cierta dificultad, que llamó la atención de todos los presentes.

Invitóle el ministro de la Guerra a montar a caballo al punto, para ponerse a la cabeza del ejército; mas Su Real Majestad, dando un gran suspiro, dijo al ministro que le siguiera a su cámara, porque tenía que revelarle un gran secreto de Estado. Alarmáronse todos, cundió la alarma por la ciudad, y el pueblo comenzó a aglomerarse a las puertas de palacio.

Media hora después, el ministro salió a la antecámara sudoroso y descompues-

to, y con ambas manos desolladas, como si hubiera hecho con ellas grandes esfuerzos. Rodeáronle los Grandes, llenos de sobresalto, y el ministro, muy grave y misterioso, mandó traer a palacio seis gallegos de los más fornidos que pudieran encontrarse. Llegaron éstos a poco, y el ministro mismo, sin decir palabra, les vendó uno por uno los ojos. Después, en medio del estupor general, entró con ellos en la cámara.

Los Grandes se miraban unos a otros pasmados; oyóse entonces en medio de aquel pavoroso silencio, a través de la puerta de la cámara, ese «¡Ajajú!... ¡Ajajú!» propio de los mozos de cordel cuando hacen grandes esfuerzos; y al cabo de una hora bien cumplida, tornaron a salir los gallegos, chorreando sudor y dando muestras del mayor cansancio.

El ministro, sin poder disimular su consternación, mandó traer al patio principal de palacio cinco yuntas de bueyes. Mandó luego despejar la antecámara, los salones, las galerías, la escalera misma, y el alcázar quedó solitario, aglomerándose Grandes, soldados y pueblo, todos confundidos y asombrados, en el patio. Había en éste una gran puerta cerrada, y ante ella se detuvieron las cinco yuntas de bueyes; vióse a poco que unos carpinteros abrían en la puerta, como a una vara escasa de altura, un agujero redondo, del diámetro de un duro.

A la admiración había sucedido el pasmo, y al pasmo sucedió el estupor, cuando vieron asomar por aquel estrecho agujero una cosa muy extraña, que sólo los muy próximos pudieron distinguir claramente: era ni más ni menos que las patitas y la mitad del cuerpo casi de una muñequita de madera, que no tendría toda un palmo de altura. Los carreteros que habían traído los bueyes acudieron a ella con delgadas cuerdas y complicados lazos las cinco yuntas. Después, a una señal dada por dentro de la puerta, comenzaron a aguijonear a las parejas de bueyes con rejoncillos y gritos de «¡Ajajú!... ¡Ajajú!»...

Mugieron los animales haciendo increíbles esfuerzos, mas no pudieron arrancar ni dar un solo paso. Abrióse entonces una ventana del palacio, y apa-

reció el ministro, lleno de espanto, con los pelos erizados, mandando con feroces gritos que unieran a las cinco yuntas de bueyes todos los tiros de mulas de la artillería.

El horror se posesionó entonces de la multitud, y comenzó a murmurar que era aquello cosa de encantamiento. Crujieron los látigos, los rejoncs chorrearon sangre, piafaron las mulas encabritándose, los bueyes mugieron hundiéndose en tierra las pezuñas, y el pueblo todo gritó para animarlos:

—¡Ajajú!... ¡Ajajú!...

Mas los gritos se perdían en el vacío, y ni mulas ni bueyes pudieron arrancar siquiera, ni adelantar una sola línea. Era aquel espectáculo temeroso e imponente.

Apareció de nuevo en la ventana el ministro, lívido y descompuesto, y dió la orden de que todos los habitantes de la capital, hombres, mujeres y niños, pasaran por delante de la puerta, tirando uno a uno con todas sus fuerzas de la muñequita. Hizo también saber que el que lograra arrancarla del sitio misterioso a que se adhería, si era hombre, sería nombrado segundo del reino; si mujer, se casaría con el Rey; si niño, sería declarado heredero del Monarca en todos sus dominios. Desfilaron, pues, viejos y viejas, hombres y mujeres, niños y niñas, tirando todos inútilmente al grito de «¡Ajajú!»... que repetía la muchedumbre entera con todos sus pulmones, como si quisiese prestar al que tiraba, sus alientos y sus fuerzas.

Un desaliento general se apoderó de la ciudad, que sin penetrar aquel misterio, presentía alguna catástrofe. Ya se divisaba a lo lejos la polvareda que los moros rifeños levantaban, y las sombras de la noche comenzaban a caer, como si la matanza, el pillaje y el incendio esperasen tan sólo, para comenzar sus horrores, el auxilio de las tinieblas. El ministro hizo publicar un bando, amenazando con pena de muerte a todo el que no acudiese, en el término de una hora, a tirar de la misteriosa muñequita. Llegó entonces una patrulla de soldados, que traían presas a una vieja y a su hija, acusadas de haber ocultado a una niña que llamaban en el pueblo Mari-

quita la Pelona. Eran Panfilita y su madre, que cegadas por la envidia habían encerrado a Mariquita, para que no pudiera tirar de la muñeca y se encontrase quizá, de manos a boca, hecha heredera del reino.

Furioso el ministro, hizo ahorcar por primera providencia a Panfilita y a su madre, y traer al patio de palacio a la inocente Mariquita. Temerosa y aturdida ésta, hizo lo que le mandaron, tirando llena de sobresalto de las patas de la muñeca, y gritando con su chillona voz:

—¡Ajajú!...

—¡Ajajú!—repitió el pueblo, poniendo en aquel grito su última esperanza.

Mas al primer empuje de Mariquita cedió al punto la muñeca, y al verse la niña con ella en la mano, exclamó con la boca llena de risa:

—¡Ajajú!... ¡Pues si es Rafaela!

El inmenso clamoreo que se levantó en la plaza ahogó un suspiro de desconsuelo, que resonó dentro del palacio, del lado de allá de la puerta. La multitud gritó:

—¡Ajajú!... ¡Viva la Pelona!... ¡Ajajú!

Y con el nombre de AJAJÚ LA PELONA, consignó más tarde la Historia en sus páginas, con letras de oro, la portentosa figura de aquella inocente huérfana, preclara Reina más tarde, cuyo verdadero nombre era Mariquita Pérez Pulga, natural de Alhaurín, en la provincia de Málaga.

FIN DE «CUENTOS PARA NIÑOS»